

¿HACIA UN GOBIERNO LABORISTA EN INGLATERRA?

Ha sido un poco prematura, sin duda, la alusión de los laboristas—y de alguno más—al caballo de Calígula al tenerse noticia de la designación del conde de Home, hoy sir Alec Douglas-Home, como nuevo jefe del Gobierno inglés, en sustitución de Harold Macmillan, hundido más que por una enfermedad por lo que daba la impresión de ser una situación de «inmovilismo» en la que hizo estragos el ambiente de escándalo en que el «*affair Profumo*» dejó sumida a Inglaterra. Durante la campaña electoral que permitió al nuevo jefe del Gobierno ocupar un escaño en la Cámara de los Comunes, se pusieron en evidencia unas dotes y cualidades, de carácter y de sensibilidad política, muy distintas a las que llevaron al jefe laborista a hablar de un «elegante anacronismo».

Hacía mucho tiempo—más de sesenta años—que no se había pensado en un lord para la dirección del Gobierno inglés. Es más, cuando unos pocos años, antes, a Macmillan se le ocurrió pensar en lord Home para dirigir la política exterior inglesa, fueron muchos los que mostraron asombro. Pero si no hay nada que impida que la política exterior, ni siquiera la política nacional en su conjunto, sea dirigida por un político que no tiene asiento en la Cámara de los Comunes—si bien ha de tenerlo en alguna de las dos Cámaras del Parlamento, dado el carácter parlamentario de la forma de gobierno de la Gran Bretaña—, ha de contarse, en cualquier caso, con la imposibilidad práctica de que la política inglesa sea dirigida desde la Cámara de los Lores.

Desde que el tercer marqués de Salisbury había sido primer ministro, entre los años de 1895 y 1902, la política inglesa no se había vuelto a dirigir desde la Cámara de los Lores por una razón fundamental: por el desplazamiento constante de la cámara alta hacia una posición francamente secundaria en todo el sistema de gobierno de la Gran Bretaña y la consi-

guiente concentración de todo el interés político, prácticamente, en la Cámara de los Comunes.

Muy poco antes del planteamiento de la crisis última se produjo, sin embargo, un acontecimiento importante: el acuerdo de permitir a los pares del reino la renuncia a sus títulos de por vida. Esto, que parecía ser «signo de los tiempos» desde el momento en que la Cámara de los Lores se vió reducida a ejercer una función retardataria en sus tareas fundamentales, las legislativas, tropezó con un factor extraordinariamente favorable ante la insistencia de un diputado laborista, Wedgewood Benn, a no dejar su puesto en los Comunes para «refugiarse» en los Lores, a la muerte de su padre, con lo que automáticamente se vió convertido en lord Stansgate. A pesar de su insistencia en no aceptar el título y en mostrarse empeñado en seguir siendo un *commoner*, con derecho a un puesto en la cámara baja del Parlamento, no se le permitió acceso a ésta ni siquiera después de haber sido elegido de nuevo por una abrumadora mayoría de los electores de su distrito, con lo cual se ofrecía una demostración popular de que se quería que continuase siendo diputado, no miembro de la Cámara de los Lores.

La campaña de Mr. Benn, que insistía en no ser vizconde de Stansgate, creó un clima favorable para lo que fué una realidad pocos meses más tarde. Con lo que, incidental e inocentemente, los laboristas hicieron posible que un conservador con seis títulos de nobleza—conde de Home, señor de Douglas, señor de Home, señor de Hume de Berwick, barón de Douglas y barón de Hume de Berwick—se encontrase en condiciones de reconquistar el puesto que había tenido en los Comunes, hasta una docena de años antes, cuando a la muerte de su padre le había sido forzoso abandonarlo, y, al mismo tiempo, trasladar su residencia al número 10 de la calle Downing, la dirección del primer ministro de la Gran Bretaña.

Es posible, quizá hasta sea probable, que con esto o sin esto, el triunfo laborista en las próximas elecciones sea inevitable. Pero en ese caso, existe también la posibilidad de que sir Alec Douglas-Home, que es el nombre que lord Home adoptó en el momento de renunciar a sus títulos de nobleza, pudiese ser, de todos los posibles aspirantes a la dirección del Gobierno y el Parlamento Conservador, puestos que dejaba vacantes Macmillan, el que mayores dificultades pusiese en el camino de una victoria laborista.

Un candidato popular.

Hasta que fué nombrado ministro de Asuntos Exteriores podría considerarse, dentro de Inglaterra, no menos que fuera, como un factor político enteramente desconocido. La Cámara de los Lores, con unos 900 miembros, de los cuales apenas un par de docenas asisten a las sesiones con alguna regularidad, no es el lugar más indicado para que un político llegue a ser conocido. Es más, el político que ha llegado a ser conocido o que estaba camino de ello, como era el caso de lord Home, podría estar seguro de perder el contacto con la realidad política de la nación a partir de su llegada a la Cámara de los Lores. Y Lord Home no era una excepción a la regla que borró de una manera total de la vida política inglesa a una personalidad tan brillante y prestigiosa como el actual lord Salisbury.

A pesar de presentarse como candidato a diputado por uno de esos distritos que se califican de «seguros»—el anterior diputado había tenido una mayoría de más de 12.000 votos—era grande el temor a que sir Alec llegase a la Cámara de los Comunes con una mayoría pequeña o insignificante. Mr. Wilson había insinuado incluso la posibilidad de que ni siquiera resultase elegido, algo que se consideraba como absolutamente imposible. Pero, a pesar de tener fuertes rivales y a pesar de que nadie, ni siquiera sus amigos políticos de mayor intimidad, esperase una victoria resonante, nada que pasase de la mitad de la mayoría que había alcanzado el anterior diputado, sir Alec triunfó de una manera rotunda. Su mayoría pasó de los 9.000 votos, algo realmente extraordinario en unas elecciones parciales, en las que es normal un gran decaimiento del interés general.

Con su americana raída, con su aire enfermizo y, con todo, simpático, con su decisión de encaramarse en un carro de heno para pronunciar un discurso y caerse al subir para comentar en seguida, con aparente espontaneidad que fué justamente celebrada: «Mejor caer ahora que en el día de las elecciones», y, en fin, con el candor con que respondió a los que insistían en especular sobre el rumbo que tomaría el Gobierno bajo la dirección de sir Alec Douglas-Home—«Ni a la derecha, ni a la izquierda; adelante nada más»—, se captó las simpatías generales y puso alguna preocupación en el ánimo de los laboristas, muy seguros hasta entonces de que el triunfo en las urnas, cuando se colocasen para recibir los votos en unas elecciones generales, había de ser únicamente suyo.

El interés por sir Alec Douglas-Home parecía estar muy justificado. Por

razones personales—con motivo de su designación como primer ministro se puso de moda hablar de cosas como su afición a la política, frustrada por el fallecimiento de su padre, los meses interminables que pasó con el cuerpo escayolado, rígido, inmóvil, para curarse de una infección de tuberculosis de la médula, dedicados esencialmente a un estudio amplio y profundo del sistema soviético, lo suficientemente para convertirle en una verdadera autoridad en eso que ahora se da en llamar «kremlinología»—y por razones políticas.

Naturalmente, fuera del país lo que interesa más es la política. ¿Qué va a hacer Inglaterra ahora? La pregunta es tan importante, quizá, como otra que se ha planteado casi al mismo tiempo, a causa del cambio que se ha producido en la Alemania Occidental, en términos parecidos o idénticos. Porque lo que haga Inglaterra tendrá una gran importancia, como también ha de tenerla lo que haga la Alemania Occidental. La importancia podrá ser tanto mayor si uno y otro país coinciden más o menos en la orientación de su política internacional.

El control nuclear.

Hay aspectos, más o menos externos, que hacen pensar en que la coincidencia pudiera no llegar muy lejos. Por ejemplo, en materia de esa fuerza nuclear unilateral o multinacional de que tanto se viene hablando, especialmente desde la conferencia de Nassau entre el presidente Kennedy y Harold Macmillan, entonces *premier* británico y que anunció el fin del proyectil aire a tierra «Skybolt», en el que estaba apuntalada toda la política estratégica inglesa para los próximos años. Esa fuerza encuentra apoyos tan resueltos, hasta ahora, como los Estados Unidos y la Alemania Occidental. Se creyó contar igualmente con el apoyo de Italia, pero también ahí hay cambios políticos y de estos cambios se desprende una actitud de creciente frialdad hacia ese instrumento en perspectiva de la O. T. A. N.

En el momento en que los proyectiles «Polaris» toman posiciones, montados en submarinos atómicos, por el fondo del Mediterráneo, y cuando se habla de una especie de base provisional en Nápoles, pero con una base con características de mucha mayor permanencia a la entrada del Mediterráneo, vuelve a producir una sensación de extremada fluidez—de mucha incertidumbre más bien—, toda la estrategia de la O. T. A. N. y, en definitiva, toda la organización política de la Europa occidental.

Los Estados Unidos, que desean matar dos pájaros de un tiro—satisfacer por anticipado los deseos, ya en evidencia o apuntando, de la Alemania Occidental de alcanzar un rango de igualdad, por lo menos, en todo lo relativo a las grandes cuestiones militares, consecuencia inevitable de la posición que ocupa como la primer potencia europea por la importancia y el volumen de las fuerzas militares que tiene a disposición de la O. T. A. N., y retener el control definitivo sobre las armas nucleares, ya que el proyecto es que de los Estados Unidos ha de depender necesariamente la carga de los ocho proyectiles «Polaris» que se quieren montar en cada uno de los 25 barcos con que se piensa armar a esa fuerza nuclear multilateral en potencia o en proyecto—, han venido insistiendo mucho en la creación de esta fuerza. Pero para evitar sospechas o recelos sobre la posibilidad de que no sólo se diese un gran pretexto a la Unión Soviética para lanzarse a una nueva ofensiva contra la O. T. A. N., centrada precisamente en que la O. T. A. N. era aprovechada por los Estados Unidos para encubrir un poco la decisión de poner armamento nuclear a disposición de la Alemania Occidental y para impedir al mismo tiempo que la Alemania Occidental se inclinase decididamente del lado de Francia, una de cuyas aspiraciones fundamentales es acabar buscando la solidaridad de la Comunidad Económica Europea—y el dinero—para soportar la enorme carga que está significando ya el desarrollo de la llamada *Force de frappe*, los Estados Unidos precisaban acuerdos y colaboraciones capaces de dar a sus proyectos todo el carácter de un programa realmente colectivo. La Alemania Occidental había prometido hacer frente al 40 por 100 del presupuesto de la proyectada fuerza nuclear multilateral y los Estados Unidos se habían prestado a llegar a una participación igual. Por lo tanto, podía darse su éxito por asegurado. Italia, Holanda y Bélgica, por mencionar sólo a países que forman también parte de la C. E. E., bastarían para garantizar aportaciones capaces de cubrir el 20 por 100 restante.

Se trataba de algo más, sin embargo. Una distribución del presupuesto de manera tan notoriamente desigual serviría para dar cierto carácter de realidad a la propaganda comunista y, además, de una situación así podría salir sencillamente un cambio radical de rumbo en las relaciones entre Francia y la Alemania Occidental, con lo que pudieran esperarse consecuencias graves para todo el mundo occidental. Se necesitaba, pues, dar un carácter lo más amplio posible al proyecto, y para esto, la ayuda de Inglaterra era fundamental.

La situación de Inglaterra había estado expuesta, sin embargo, a influencias y presiones tan fuertes como extrañas desde hacía algún tiempo. La campaña en favor del desarme nuclear estaba haciendo mella, por minoritaria que fuese, y la forma en que Macmillan se encontró en Nassau, sin tener de ello conocimiento previo alguno, con la decisión de los Estados Unidos de interrumpir los trabajos de desarrollo del proyectil «Skybolt», hizo pensar en que la insistencia británica en estar en posesión de un *deterrent* independiente no era más que ficción y fantasía. Inglaterra se encontraba en unas condiciones de dependencia absoluta de los cambios y alteraciones que pudiese sufrir en un momento dado la política exterior norteamericana. Por lo menos mientras no contase con sus propios submarinos atómicos, que se construían o proyectaban para el futuro, pensando, es más, en que habían de ser armados con proyectiles «Polaris», para ser adquiridos también en los Estados Unidos. La suspensión de los trabajos con el «Skybolt» puso de manifiesto un carácter de extremada incertidumbre o fragilidad en toda la trama y urdimbre de la estrategia militar británica en proyecto, algo que se prestaba tremendamente a la propaganda de tipo pacifista, puesto que no costaba gran trabajo convencer a nadie que todo lo que estaba haciendo la Gran Bretaña, a un costo fabulosamente alto, apenas era otra cosa que acentuar el grado de dependencia en que se encontraba, en relación con los Estados Unidos.

El golpe de Nassau.

En cierto modo, la posición de Inglaterra parecía no diferenciarse fundamentalmente de la posición en que se hallaba Francia. Pero con una variante notable: Francia, bajo la dirección del general De Gaulle, no sólo no estaba conforme con ser un «segundo violín» en esa orquesta organizada y dirigida por los Estados Unidos, sino que protestaba y además de protestar estaba haciendo algo positivo por alcanzar un grado de independencia «real», al preparar su propio elemento disuasivo independiente formado por bombas atómicas y un sistema de transporte, primero de aviones de velocidades ultrasónicas y más tarde con proyectiles balísticos y submarinos atómicos. Más aún, se mantenía firme al mismo tiempo en la actitud negativa sobre la colaboración con la O. T. A. N. en cuestiones tan fundamentales como la colocación bajo su mando de fuerzas armadas efectivas, no puramente simbólicas, y fuerzas navales como la parte de la flota del Mediterráneo que al fin fué sustraída al mando de la O. T. A. N.

Los Estados Unidos necesitaban concursos importantes y decididos para el desarrollo de una política que en realidad pudiese continuar contando con la O. T. A. N., como uno de sus grandes instrumentos. Y entre estos concursos, ninguno tan importante como la Gran Bretaña.

Lo sucedido en Nassau fué un golpe tremendo, sin embargo. Y lo que fué sucediendo en meses siguientes no hizo más que acentuar el aspecto francamente incómodo de la situación en que se encontraba Inglaterra, cuyo apoyo resuelto a la propuesta fuerza nuclear multilateral parecía ser indispensable. Los Estados Unidos no dejaron de presionar sobre ello, con resultado no siempre satisfactorio. Finalmente, se llegó a la conclusión de que el Gobierno inglés, del cual era entonces ministro de Asuntos Exteriores el actual primer ministro, participaría en las negociaciones encaminadas a convertir en realidad esa proyectada fuerza nuclear multilateral, pero, sin establecer compromiso previo alguno, en un sentido o en otro: lo cual quería decir, en realidad, que a lo que no se podía comprometer Inglaterra era a contraer un compromiso que se tuvo la impresión que había sido «archivado» con carácter indefinido durante la entrevista que había tenido el presidente Kennedy con Mr. Macmillan, en la casa de campo de éste, en Birchgrove, durante aquella gira por algunos países a que se dió una publicidad excesiva, quizá con la piadosa intención de ocultar lo que en la práctica fué esterilidad total cuando no fracaso, en el campo político, que no en el personal, porque el recibimiento que tuvo Mr. Kennedy en la patria de sus antepasados había sido sencillamente extraordinario.

No se encontró, en realidad, manera más airosa de dar largas a un asunto en el cual el Gobierno inglés no se podía comprometer. Había razones serias para ello. Las principales eran éstas:

— Una oposición rotunda de los ministerios y servicios militares a tener la menor participación en los gastos de una fuerza que se consideraba como absolutamente innecesaria e inútil y que al ser sumamente costosa había de repercutir de manera muy desfavorables, caso de tener Inglaterra participación en ella, en los recursos disponibles para el desarrollo continuado de otros aspectos de la organización militar de la nación, en particular las llamadas fuerzas convencionales, que de nuevo volvían a gozar de considerable favor.

— Un estado de ánimo nacional en el que se iba acentuando el sentimiento neutralista, en gran parte a causa de la situación a que se había llegado, con sólo fracasos—algunos tremendamente costosos, como el pro-

yectil «Blue Streak», en 1960, y en el que se llevaban gastados o comprometidos bastante más de 100 millones de libras esterlinas—, en los intentos realizados hasta entonces por dotar a la nación de los instrumentos convenientes para el desarrollo de una política estratégica adecuada y basada, por supuesto, en la potencia de su propio arsenal, independiente de armas nucleares.

— El presentimiento de que toda esta cuestión acabase viéndose convertida en un argumento electoral de fuerza avasalladora, lo suficiente para llevar a la derrota en las urnas a un partido que después del notable triunfo que había alcanzado el año 1959, el tercero consecutivo y el más resonante hasta entonces, a partir del momento en que, a principios de la década pasada, se arrebató el Poder a los laboristas, dada la sensación de estar perdiendo terreno constantemente. Las elecciones parciales no son siempre un indicio claro del estado real de ánimo de la opinión pública. En algunas de las celebradas con anterioridad a las elecciones generales de 1959 se había advertido una pérdida clara de «interés» por el partido que se encontraba en el Poder, lo cual es siempre de esperar, en fin de cuentas. Pero de una manera u otra, no se podía evitar la sospecha de que lo de ahora pudiera ser algo distinto.

Había pérdida, notable en algunos casos, de terreno en las elecciones parciales y las encuestas populares confirmaban una y otra vez la pérdida de popularidad del Partido Conservador y el Gobierno. La situación escandalosa que se dió a causa del rumbo que acabaron tomando las infortunadas—y tan imprudentes—relaciones del ministro de la Guerra, John Profumo, con la joven Cristina Keeler, sirvió para registrar el punto más bajo a que había caído hasta entonces la popularidad del partido gobernante.

Una situación alterada.

Esto ejerció una influencia poderosa, probablemente decisiva, en el ánimo de Mr. Macmillan, herido de muerte—política—, no por el «escándalo Profumo», sino por la conferencia de Nassau, y lo que sucedió desde entonces y quizá también en buena medida, por el dramático fracaso, en mayo de 1960, de sus denodados esfuerzos por restablecer el diálogo entre los jefes de Estado y Gobierno de las grandes potencias, por acabar, en realidad, con la guerra fría. Aquello había sido prematuro, en el mejor de los casos, y la espectacular agresividad de Jruschev, que llegó a París con todo bien preparado para un «sensacional» golpe de efecto—algo que Mr. Dulles

había considerado como absolutamente imposible, según afirma ahora el ex presidente Eisenhower, en un libro de memorias de sus años al frente de la política de los Estados Unidos—, fué la puntilla que hizo terminar en un fracaso absoluto todo un esfuerzo de años. De hecho, la gran víctima del avión de observación «U-2», abatido sobre la Siberia central por un proyectil soviético, fué Harold Macmillan.

La situación ahora está radicalmente alterada y no deja de ser curioso el hecho de que el factor principal de una política de cierto despegue en relación con los Estados Unidos y de cierta aproximación hacia la Unión Soviética—y probablemente hacia las potencias de la Europa continental—acabe siendo sir Alec Douglas-Home, por tradición y por formación mucho más firmemente anticomunista y antisoviético que Macmillan.

Para el desarrollo de una política de esta tendencia, cuya orientación sería izquierdista, por lo menos en el sentido de acercarse, aun cuando sólo sea un poco, hacia las posiciones que vienen sosteniendo y patrocinando los sectores izquierdas de la política europea, hace falta una cosa, sobre todo: que sir Alec Douglas-Home continúe en el Poder después de las elecciones próximas.

Mientras no lleguen esas elecciones, en la primavera próxima o en el otoño siguiente, cuando en circunstancias normales habrían de celebrarse forzosamente, por haberse agotado por entero la vida constitucional—cinco años como máximo—del Parlamento elegido en octubre de 1959—, no es fácil que se tomen decisiones fundamentales de política exterior. Una decisión, en realidad, puesto que la cuestión dominante, por ahora, sigue siendo esa fuerza nuclear multilateral, que sir Alec Douglas-Home ha dicho que no se adoptará hasta pasadas las elecciones.

No deja de ser esto curioso. Mientras estuvo al frente de la «Foreign Office», sir Alec Douglas-Home luchó esforzadamente por la incorporación de su país a esa fuerza nuclear multilateral. Representó la voz discrepante—y en cierto modo decisiva—en lo que daba la impresión de ser una oposición unánime, que arrancaba de la decisión firme de las autoridades militares, consideradas como un factor básico en una cuestión que, en definitiva, era militar o no era nada. Pero se equivocaron los que pensaban de esa manera. Sir Alec Douglas-Home—todavía lord Home—convenció o tuvo fuerza suficiente para imponer el criterio de que las razones políticas pesaban mucho más que las militares en ese caso y la fuerza nuclear multilateral debería ser llevada a la realidad aun cuando sólo fuese por razones políticas.

Sus argumentos parecían tener una fuerza decisiva. Inglaterra no podía, en aquella hora y en aquellas circunstancias, cortar amarras y alejarse de los Estados Unidos para marchar a la deriva. Todavía no se había recuperado la nación—y menos todavía el Gobierno—del golpe que supuso el veto del general De Gaulle, no sólo a la entrada de Inglaterra en la C. E. E., sino a la continuación de las negociaciones y las discusiones sobre esa cuestión. En una situación así, ¿qué podía hacer Inglaterra? Continuar asociada a los Estados Unidos.

Pero, ¿por cuánto tiempo? Eso acaso no se sepa hasta pasadas las elecciones. Sin embargo, la situación en estos momentos es poco alentadora. No sólo es fuerte la oposición de la dirección laborista, sino que hay una tendencia que se podría llamar «desviacionista» a lo largo de una porción considerable de Europa. La situación política italiana es muy flúida, pero no es favorable a que se contraigan compromisos fuertes en apoyo de lo que sigue siendo un aspecto importante de la política exterior de los Estados Unidos. Y el resultado de las recientes elecciones en Grecia ha sido desalentador, por no llegar a conclusiones más pesimistas todavía.

Y ¿quién podría asegurar que no se está produciendo también algún cambio, de la misma naturaleza, en la misma Alemania Occidental?

Ante un panorama así, sir Alec Douglas-Home, ¿continuaría sosteniendo la necesidad, por razones políticas, de que Inglaterra esté al lado de los Estados Unidos para la creación y de desarrollo de la propuesta fuerza nuclear multilateral de la O. T. A. N., en el caso, es decir, en que el Partido Conservador ganase las próximas elecciones generales?

JAIME MENENDEZ.

CRONOLOGIA

